

RECENSIONES

LUIS F. DE OLIVEIRA E CASTRO: *A Nova Africa. Ensaio sociopolítico*. Lisboa, Gráfica Imperial (Edição do autor), 1967. Un volumen de 224 páginas, sin precio.

Presentamos a nuestros lectores un interesante, al par que ameno, y variado ensayo, justamente calificado de sociopolítico por su autor, una joven promesa de nuevo valor africanista, perteneciente a un país hermano, dotado de la mayor experiencia en cuestiones africanas: Portugal. Además concurre la feliz circunstancia de que Oliveira e Castro es africano por nacimiento—en Angola— y educación—en Mozambique—, y pese a su juventud cuenta ya con una amplia y excelente base personal de combinación de sus conocimientos educativos con su experiencia vivida, o sea, una formación bastante clara y raramente igualada por los que sólo permanecen en uno de los dos lados: el teórico y el práctico.

La obra es—como dijimos—variada; pero los temas que aborda no son por completo independientes entre sí, sino que están enlazados. Invisiblemente, porque responden a un abanico de problemas, preocupaciones y comprobaciones—unas veces de conclusión satisfactoria, otras de fracaso o atasco—en la vida de las sociedades africanas contemporáneas, de cuño reciente en su aglutinación política y de viejo sello en su estructuración humana. Visiblemente es la *nueva* Africa, el Africa que se presenta como descolonizada y en gran parte como «progresista»: revolucionaria la que se estudia a través de aquellos problemas. Son éstas: el anticolonialismo (en general, en las grandes potencias, y más aún en Africa portuguesa). El Estado: su noción, en crisis, y su crisis en sí en el Africa negra, el ejemplo, contemplado desde los planos social, administrativo, asistencial y político desde dentro y desde fuera; y la ideología, con especial aplicación al socialismo africano, o más exactamente, a lo que se esconde bajo tan manoseada y heterogénea palabra. Añadiendo al final no sólo una cuidada y moderna selección bibliográfica, sino varios apéndices, que hacen del libro un texto y una fuente de indispensable manejo. Así, la presentación sumariada de los restos de los Estados africanos; sus constituciones (jerarquías, presidentes, gobernantes, cancilleres); sus poderes y partidos; su actitud en las conferencias, y sus agrupaciones. Más una lista de conflictos políticos, étnicos y fronterizos y de instituciones mundiales de fin africanista.

El libro, redactado en un excelente portugués, perfectamente asequible a cualquier lector de lengua española, lleva un prefacio en esta misma lengua que firmo como presidente de la Sección de Relaciones Internacionales del Instituto.

• Como la materia de la obra es eminentemente polémica—y al rojo vivo—, no decimos que cuanto en ella se estampa sea dogma de fe, ni el autor lo ha pretendido. Sí decimos que es inteligente y respetable, y, a nuestro entender, acertado en un porcentaje mayoritario de cuestiones. Todas, repetimos, del más alto interés y de la mayor utilidad, pues los que se dedican a estos estudios o trabajos, y, en general, para quienes tienen una idea de la nueva África.

Auguramos un merecido éxito a la obra, que deseamos ver reeditada y ampliada en el futuro.

JOSÉ MARÍA CORDERO TORRES.

A. CURTIS WILGUS: *The Caribbean: Current United States Relations*. University of Florida Press. Gainesville, Florida, 1966. 241 páginas.

Quizá la mayor importancia de este libro, el volumen número 16 de una serie que sobre la región antillana o del Caribe se empezó a publicar en 1951 (uno cada año), esté en la insinuación de una colaboración íntima y constante de las más altas instituciones educativas—una por lo menos en este caso—con el Gobierno y el mundo de los negocios de los Estados Unidos en el desarrollo de algo de vital interés para Hispanoamérica: unas relaciones cuyo carácter unilateral e interesado está crecientemente en evidencia. Este tomo, como los anteriores, es una obra de colaboración, cuyos autores tomaron parte activa en la XVI Conferencia Anual sobre el Caribe, celebrada en la Universidad de la Florida, dedicada al examen de «Las relaciones contemporáneas de los Estados Unidos con el área del Caribe, principalmente desde el punto de vista de los negocios», como dice el prefacio, firmado por J. Wayne Reitz, presidente de esta Universidad.

La idea de una relación íntima y constante de las universidades con el mundo de los negocios es un aspecto natural y casi peculiar de la vida norteamericana. Instituciones esencialmente privadas por lo general—una gran excepción más aparente que real es la de las llamadas «State universities»—, con unas relaciones con el Estado que han sido establecidas más o menos íntimamente, y que arranca casi siempre de la concesión de terrenos en extensión considerable hechas en los días en que muchos de esos Estados disponían de vastas superficies, han encontrado un gran punto de apoyo, a menudo un punto de apoyo decisivo, en las aportaciones de carácter filantrópico hechas por individuos y familias que casi siempre se hicieron ricas, a menudo fabulosamente ricas, en el desarrollo de actividades comerciales, industriales y financieras. Sin duda uno de los rasgos básicos de la vida universitaria norteamericana es una relación estrecha y constante con el mundo de los negocios en la nación donde sus actividades han adquirido mayor desarrollo y ha alcanzado un más alto grado de perfección.

Menos aparente ha sido la relación entre universidades y el Gobierno Federal en los Estados Unidos, aunque esto encontraría una explicación tan fácil como convincente con sólo pensar en la enorme y decisiva importancia que han tenido, a lo largo de toda la historia de la nación, las relaciones directas e indirectas entre el Gobierno y el mundo de los negocios. Un estado de cosas que alcanzó un desarrollo especial y extraordinario después de la Segunda Guerra Mundial, con la aportación de sumas fantásticamente grandes a docenas de universidades para el desarrollo y especialización de ciertas actividades científicas, sobre todo en física nuclear. Muchas universidades, entre ellas algunas de las de mayor prestigio, han llegado a depender en alto grado de los fondos

recibidos del Gobierno, algo que forzosamente habría de tener alguna influencia, directa o indirecta, en las relaciones entre Gobierno y Universidad.

Lo que empezó en gran escala por el lado de la Comisión de Energía Atómica de los Estados Unidos, con miles de millones de dólares a su disposición en todos los presupuestos, fue teniendo otras ramificaciones por el lado de la C. I. A. («Central Intelligence Agency», de la cual se ha hablado mucho en relación con esto en tiempos recientes), del Departamento de Estado, del Pentágono, del Departamento de Agricultura, etc., y de manera especial y en estado de rápido desarrollo a causa de la tendencia acusada en tiempos recientes a la intervención del Gobierno Federal en las actividades educativas. Todo esto, con lo que se corre el peligro de una desviación permanente del motivo de estas consideraciones, indica por lo menos una cosa: que no hay nada nuevo en esto de encontrarse con la Universidad de la Florida dedicando espacio, ambiente y prestigio al aspecto fundamental de las relaciones de los Estados Unidos con Hispanoamérica—la región antillana en este caso, que abarca a todo el territorio, continental e isleño, que se extiende al sur de los Estados Unidos, hasta incluir en él la porción norte de Sudamérica lindante con el mar de las Antillas, es decir: Colombia, Venezuela y las Guayanas—, que es el único y exclusivo que tiene interés para el mundo de los negocios norteamericano.

En un mercado con alrededor de 100 millones de habitantes y una producción nacional bruta que se hizo subir en 1964 a poco más de 47.000 millones de dólares, las inversiones de los Estados Unidos subían entonces a casi 6.500 millones de dólares. Si a ésto se añade algo tan importante como las relaciones comerciales orientadas de una manera casi absoluta en la dirección de los Estados Unidos, tanto para las exportaciones como las importaciones, no debería costar ningún trabajo llegar al convencimiento de que se trata de algo absolutamente fundamental. Y, por tanto, de una naturaleza decisiva aun sin la necesidad de realizar en cuanto a ello ninguna labor especial.

Pero hay algo muy especial y sistemático y de un gran desarrollo en años recientes, y a lo cual se ha dedicado considerable atención en este tomo, dedicado de manera casi exclusiva a realzar y recalcar la importancia que la región antillana tiene para los Estados Unidos desde el punto de vista económico, como mercado, como campo de inversiones y como escenario, en fin, de unas actividades que tienen como finalidad exclusiva, más bien que principal, su explotación en beneficios del mundo de los negocios norteamericano. Todo se debe orientar en esa dirección: el interés norteamericano. Por eso cuando se habla de las actividades culturales de la U. S. I. A. (Agencia de Información de los Estados Unidos, un organismo oficial), muy importantes en lo que se relaciona con Hispanoamérica, se advierte que «una de las actividades más significativas» de esta agencia «es la traducción del inglés al español y portugués y la publicación de libros para su uso en la América Latina».

Dos aspectos principales tiene este programa. Uno, el hincapié que se hace en la publicación de libros al costo más bajo posible, en rústica por lo general, con miras a que el precio de venta (con frecuencia se regalan grandes cantidades) esté por debajo de los 50 centavos, es decir, 30 pesetas. Otro, que la «difusión de la materia de estos libros va desde los clásicos de la literatura de los Estados Unidos a los libros de un fuerte impacto político y económico».

Naturalmente, la selección de libros para su traducción y publicación «es del control y la responsabilidad de la oficina central en Washington». Se reciben, por supuesto, sugerencias muy diversas, «entre las cuales se incluyen a los embajadores, puestos de la U. S. I. A., profesores becados, editores latino-americanos, miembros del Congreso de los Estados Unidos, bibliotecarios y otras personas interesadas». Como se puede advertir, la organización va adquiriendo extensión, amplitud y, por supuesto, perfección, con miras, sin duda, a asegurar la eficacia.

REVISIONES

Lo importante, lo fundamental más bien, parece ser—se cree que es, aun cuando de esto nada se dice—la creación de un ambiente de uniformidad total e incondicional para el mejor y más eficaz desarrollo de unas relaciones en las cuales cualquier beneficio que pudiera resultar para los habitantes de la región es algo puramente circunstancial, la consecuencia nada más del fomento y el cultivo sistemático y exclusivo del interés norteamericano.

Uno de los apartados de este libro que mayor atención merece es el dedicado a la inflación, que se define como el peor de los enemigos posibles de los países en vías de desarrollo y como un «archidemonio». La inflación, dice el autor de este capítulo, Henry W. Balgooyen, vicepresidente de la «American and Foreign Power Company», una empresa norteamericana con grandes intereses por Hispanoamérica, con palabras salidas de su primer curso elemental en economía, «es un fenómeno económico que ocurre cuando las disponibilidades de dinero—o de los medios de pago—aumentan con mayor rapidez que las disponibilidades de mercancías.»

Sólo en unas condiciones de gran estabilidad es posible encontrar un ambiente favorable a la inversión de capital en actividades económicas y, sobre todo, en esas que por su naturaleza mantienen unas relaciones constantes con el público consumidor, como las empresas de servicios públicos, electricidad, comunicaciones, transportes, etc. Desde este punto de vista, la situación general en la región antillana ha sido bastante satisfactoria. En pocas partes del mundo las fluctuaciones monetarias han tenido, por lo general, un margen de movimiento tan reducido. No así en la región que está al Sur, en países a los cuales se alude aquí sólo brevemente y manera de ilustración del mal que se debe evitar por todos los medios. Dice Mr. Balgooyen que «entre los países que sufren de la hiperinflación, el costo de la vida—una de las mejores medidas que tenemos del impacto de la inflación en los precios—ha subido desde 1954 (hasta 1964) en un 1.200 por 100 en la Argentina, 1.300 por 100 en Bolivia, 3.800 por 100 en el Brasil, 1.700 por 100 en Chile y 800 por 100 en el Uruguay». Desde entonces, podríamos añadir aquí, el aumento no sólo ha continuado, sino que en algunos casos el ritmo de aumento incluso se ha acentuado.

Se comprende perfectamente una actitud de alarma que mueve, en este caso, a decir: «La más insidiosa y destructiva de todas las formas de expropiación es la inflación monetaria en las formas extremas que han sido la característica de algunas de las repúblicas de la América Latina. Es insidiosa porque sorprende a una nación con tanta facilidad; roba—o impone “impuestos”—tan sosegadamente, y produce un deslumbramiento temporal que es sugerencia de prosperidad. Es destructiva porque... ataca indiscriminadamente, sin recurso o apelación, salvando al injusto a expensas del justo, a tiempo que empuja a los recursos limitados a lo largo de sendas improductivas y de malas direcciones.»

Todo esto, que es, sin duda, malo, francamente malo para la población de un país que cae víctima de la inflación, es altamente perjudicial también para el inversionista extranjero, el norteamericano en este caso. Que es la razón fundamental, es de suponer, de que en esta ocasión se hubiese hecho tanto hincapié en la importancia que tiene el evitar la inflación por todos los medios y sin reparar en esfuerzos o sacrificios. Porque las consecuencias suelen ser ruinosas. Lo son siempre que no se acuda a tiempo y con energía para cortar de raíz lo que de otro modo acaba siempre desarrollando un impulso propio que le lleva a seguir adelante, a un ritmo más rápido y acelerado cada vez. Como que una de las consecuencias de la inflación es matar gradualmente el estímulo productor —y la disponibilidad de medios adecuados para su sostenimiento—, con lo que la diferencia, el déficit, entre las disponibilidades de dinero y de cosas en que

gastarlo se va acentuando, y con ello la necesidad apremiante de disponer de cantidades de dinero siempre mayores con las cuales adquirir lo que va siendo más escaso—más caro, en consecuencia—cada día.

JAIME MENENDEZ.

ALBA GREINER (Red. resp.): *Slowakei IV/2*. Köln-München, 1966. Matus-Cernák-Institut. 64 páginas.

Debido al peligro comunista, el mundo se interesa cada vez más en los países del bloque soviético, aunque figurara en primer lugar la U. R. S. S. por su condición de primera potencia de dicho bloque como objetivo de análisis, observaciones y comentarios. Sin embargo, poco sabemos sobre los países bálticos, Polonia, Rumania o Hungría, y, al parecer, aún menos sobre Checoslovaquia.

Kristof Greiner, director del Instituto Matús-Cernák, de Colonia y Munich, constata con gran acierto que el actual proceso de «liberalización» del régimen checo-comunista de Praga se debe, principalmente, a la fuerza motriz que constituyen las reivindicaciones de los eslovacos, y cuyo fondo reside en el derecho de autodeterminación: plena autonomía y jurídicamente garantizada dentro del actual edificio estatal, o separación en forma de un Estado independiente como parte de una federación o confederación centroeuropea, en el seno de la cual los eslovacos y los checos podrían colaborar de acuerdo con los principios universalmente reconocidos. El problema central consiste en conservar o no edificios estatales de estructura checoslovaca, yugoslava o soviética, dentro de los cuales resulta ser imposible una colaboración positiva, pero sí una situación de constantes conflictos y tensiones, tal como lo enseña la revolución bolchevique.

El autor localiza un problema particular desde el punto de vista del comunismo mundial, a través de un Estado artificial, y pone de relieve las actuales, y posiblemente las futuras, tensiones entre eslovacos y checos, concretamente entre los comunistas de Bratislava y los de Praga. Según se sabe, ninguna de las dos partes renuncia «a la construcción del socialismo», pero tampoco renuncian los checos a su dominio sobre Eslovaquia, y aún menos los eslovacos al derecho de autodefensa. Entre las dos guerras, los cristianodemócratas reivindicaban, frente a la Praga liberal y masónica de Masaryk y Benes, el cumplimiento de las estipulaciones concertadas entre los representantes de ambos pueblos en 1918 en la ciudad norteamericana de Pittsburgh en cuanto a la autonomía de Eslovaquia. Los checos se negaban, hasta que en octubre de 1938 Bratislava obligara a Praga a acceder a las peticiones eslovacas. A continuación, en marzo de 1939, el país se proclama independiente. A raíz de la Segunda Guerra Mundial, en abril de 1945, en la ciudad de Kosice, en Eslovaquia oriental, se estipuló otro convenio entre checos y ciertos representantes eslovacos, mediante el cual se reconocía a Eslovaquia como nación igual en derechos y obligaciones a la nación checa. Sin embargo, tampoco el régimen comunista checo está dispuesto a cumplir las cláusulas concertadas. Ahí reside la actual postura de los comunistas eslovacos frente a sus correligionarios de Praga. Por el momento reivindican la autonomía no solamente nacional, política o cultural, sino incluso económica. Las reivindicaciones tienden a alcanzar el nivel de exigencias hacia la independencia. Caso curioso dentro del bloque comunista.

El proceso de «liberalización» en los países de Checoslovaquia lleva unas características bien definidas: a partir del año 1962-1963, dicho proceso se extiende al campo de la política e ideología, arte y literatura, historiografía y cultura en general, y, sobre todo, al de la economía. Hasta cierto punto se toman medidas de «desestalinización» que, poco a poco, quedan reflejadas en ciertos cambios

personales dentro del Partido y del Gobierno. El estalinismo era el factor que más afectaba a la integridad nacional eslovaca y su desarrollo. Algunos documentos permiten comprobar el estado de alta tensión en las relaciones eslovaco-cheacas.

El siguiente estudio procede del autor de las presentes observaciones, y se refiere a los problemas demográficos de Eslovaquia, siendo la segunda parte del mismo trabajo publicado en el número anterior de *Slowakei*. Su fin consiste no solamente en precisar el desarrollo demográfico de los eslovacos desde el siglo v-vi de nuestra era hasta el año 1966, sino también en destacar la importancia que en el plano internacional pueden tener los mismos frente a un pueblo o varios pueblos que continúan albergando aspiraciones de dominación. Porque si una convivencia entre dos o varios pueblos, forzosa o voluntaria, siempre implica tendencias de asimilación, también queda como hecho comprobado históricamente que un pueblo más pequeño encuentra medios legales para defenderse ante el peligro. En este sentido, el caso de la «fraternidad belicosa» entre eslovacos y checos ya es un ejemplo clásico.

Los checos cuentan con una población de 9,5 millones, y los eslovacos, con 4,5 millones de personas. Sin embargo, los eslovacos disponen, en los últimos veinte años, de un promedio anual de crecimiento demográfico de 55.000 personas, y en cambio, los checos, de—tan sólo—52.000. Aumenta, por tanto, la importancia económica y política del étnico eslovaco frente al checo. De ahí las crecientes reivindicaciones de parte de los eslovacos. Cabría preguntarse sobre el futuro desarrollo de las relaciones entre los dos pueblos en el sentido de si por alguna razón la actual Checoslovaquia existiera aún dentro de los próximos ochenta años, cuál de ellos se encontraría en minoría. Contando con 1,5 millones de eslovacos en el extranjero, el elemento eslovaco alcanzaría, en el año 2000, la cifra de ocho millones de personas. Cincuenta años más tarde, la desproporción se habrá nivelado a favor de Eslovaquia. No obstante, hay que tener en cuenta posibles desniveles en el crecimiento demográfico como consecuencia del rápido desarrollo industrial y económico.

El tercer trabajo pone de relieve que las relaciones entre checos y eslovacos están empeorando incluso en el terreno lingüístico. El checo y el eslovaco son dos idiomas parentescos, como son el español y el portugués, por ejemplo. Tienen un fondo común, como lo tienen los idiomas latinos. No creemos que algún estadista latin pudiera afirmar que el castellano es un dialecto del francés o del italiano, o el portugués del español. Sólo los checos arguyen lo contrario en relación con la situación idiomática entre el eslovaco y el checo. Interesa, por tanto, el estudio de J. Kubina, de Ginebra, sobre la posición del eslovaco entre los demás idiomas eslavos. Todo indica que no hay lugar en las relaciones entre esos dos pueblos para una constructiva distensión política o nacional.

Un autor alemán, T. Herget, examina las relaciones eslovaco-germanas. «Los amigos de ayer pueden ser *partners* de mañana.» Alemanes y eslovacos no guardan resentimientos mutuos, ya que las relaciones entre esos dos pueblos siempre eran buenas. Hasta el fin de la Segunda Guerra Mundial hubo en Eslovaquia una considerable minoría étnica alemana (unas 120.000 almas) conviviendo pacíficamente con sus conciudadanos del país. Una vez expulsados por los checos, junto a los sudetoalemanes de Bohemia-Moravia-Silesia, continúan colaborando con los representantes eslovacos en Europa. Defienden, al mismo tiempo, la idea de la reconciliación con los pueblos de la Europa oriental a base de la colaboración eslovaco-germana. La democracia en evolución y el cristianismo en sus nuevas dimensiones podrían constituir un factor de primer orden para la reconciliación de todos los pueblos del viejo continente. Se trata de un europeísmo humanista, sin cálculos de índole política, nacionalista o económico-imperialista.

El autor llama la atención sobre el hecho de que los eslovacos evocan su Estado de 1938-39 a 1945, reconocido internacionalmente, Estado que era suyo y

RECENSIONES

en el cual «vivan bien». Sus actuales representantes, dominados por Praga y Moscú, no disponen de medios necesarios para expresarse libremente. Repetimos, un autor *no eslovaco* defiende el derecho a la independencia nacional y política para Eslovaquia. Porque si la civilización occidental pretende conservar su razón de ser, reivindicará los derechos de libertad e independencia también para ciertos pueblos del Este europeo antes de fomentar, en función del cargo de Jefe de Estado (De Gaulle en Canadá), actos subversivos en un país que, a pesar de todo, será siempre más libre y próspero que los pueblos de la U. R. S. S., Yugoslavia o Checoslovaquia. La nueva Europa está en el Rin y sobre el Danubio. La «Santa Alianza» pertenece definitivamente a la Historia. Fiel a la tradición, tampoco el París quinterpublicano tiene el interés en defender la «libertad, igualdad, fraternidad» para los pueblos que viven bajo los mismos lemas en la órbita soviética. Quizá porque «ya las tienen». Sólo nos queda subrayar que la Revolución de 1917 enlaza directamente con la de 1789.

Finalmente, hay que decir que aumenta el número de obras publicadas en Occidente sobre el problema eslovaco. Sin embargo, no todas acusan las características de la objetividad requerida por la ciencia, como es el caso del alemán occidental Jörg K. Hoensch: *Die Slowakei und Hitlers Ostpolitik...* J. Kirschbaum, una destacada personalidad del mundo intelectual del Canadá, somete las argumentaciones de Hoensch a unas observaciones críticas que, en un principio, concuerdan con otras publicadas ya anteriormente en España y otros países. En parte, Hoensch se inspiraba en fuentes poco dignas de crédito que le fueron proporcionadas generosamente por autoridades comunistas de acusada parcialidad de la actual Eslovaquia.

S. GLEJDURA.

VLADIMIR PETROV: *Money and Conquest*. The Johns Hopkins Press. Baltimore, Maryland, 1967. 282 páginas.

Pocas veces se podría decir con tan justificada razón de un libro que viene a llenar un gran vacío y que es, por tanto, de un vivo, en muchos casos quizá apasionado, interés para muchos más lectores que aquellos que suelen moverse dentro de los límites de alguna especialización. Y pocas veces también la presentación de la empresa editora, en este caso propiedad de una prestigiosa universidad norteamericana, parece moverse de manera tan ajustada dentro del radio de una gran objetividad. «En este primer estudio del tamaño de un libro —se dice— sobre el dinero de ocupación emitido por las autoridades aliadas durante y después de la Segunda Guerra Mundial en Europa y el norte de Africa, el doctor Petrov comprueba cómo un gran fondo de buena voluntad heredado por las potencias ocupantes se disipó rápidamente por los efectos adversos de sus ineptos programas económicos. Aunque su hincapié principal está en los dineros de ocupación, el autor examina también los procedimientos de requisa, controles económicos, política de jornales y el alcance y efectos de las actividades norteamericanas en el mercado negro europeo. En conjunto, estos factores económicos son usados como la base de un análisis de la ocupación aliada en general y del papel de los Estados Unidos en particular.»

Si con frecuencia resulta difícil resumir en una simple crítica de libros el contenido, la importancia y la significación de una obra, esto resulta particularmente difícil en una situación como ésta, con un libro que se presenta como el único que ha sido publicado hasta ahora sobre un tema de tanta importancia que bien merece ser considerado como uno de los aspectos fundamentales de la

actividad y política de las potencias aliadas en los años de la segunda guerra mundial y siguientes.

El interés del libro se ve grandemente realzado por el desarrollo ameno, y en ocasiones hasta apasionante, de un tema que se antoja árido y excesivamente técnico, inasequible, en consecuencia, al interés general. Como cuando se habla de las «oportunidades» del estraperlo en el comienzo del régimen de ocupación a que estuvo sometida Alemania. «Un paquete de cigarrillos—se dice en la página 206—comprado por un G. I. (soldado norteamericano) en un “Post Exchange” (P. X., economato militar) por cinco centavos, se vendía en el mercado negro por 100 marcos por lo menos, es decir, 10 dólares; una barra de dulce de cinco centavos, por cinco dólares; una libra de café, por 25 dólares; una botella de whisky, por 100 dólares; un reloj “Mickey Mousse”, que costaba 1,98 dólares en un P. X., se vendía por 150 ó 200 dólares... Así, un G. I. (soldado de infantería) estacionado en Berlín durante un año que pudiese vender su ración de cigarrillos, dulce y licor en el mercado negro podía conseguir una ganancia de alrededor de 12.000 dólares. Unos pocos paquetes recibidos de casa podían fácilmente hacer subir sus ingresos anuales a 25.000 ó 30.000 dólares, sin contar la paga militar y los extras a ella añadidos. El 2 de agosto de 1945, «Stars and Stripes» (especie de órgano del G. I.) dio cuenta de que «aproximadamente cuatro millones de dólares han sido enviados a casa durante el mes de julio por 33.000 soldados norteamericanos en Berlín... Durante el mismo periodo a los soldados de los Estados Unidos de guarnición en Berlín les fue dado en efectivo (a título de paga) sólo alrededor del millón de dólares».

Han sido muchos, sin duda, los factores que han influido grandemente en una situación en la que hubo más que batallas y espectaculares operaciones de desembarco, conquistas, rendiciones incondicionales, ocupación y, al final, diferencias tan serias entre los aliados que los amigos de un día se convirtieron en los grandes rivales de la guerra fría poco tiempo después. Uno de esos factores fue el dinero de ocupación y el papel que jugó para la creación o la intervención en un estado de cosas que, es evidente, no será nunca bien comprendido si no se tiene siquiera alguna idea de lo que ha sido y de lo que con él se hizo.

Uno de los capítulos más apasionantes de este libro es el que estudia la situación de la Europa que se encontró sometida al régimen de ocupación nazi, Francia en particular. La nación que algunos de sus dirigentes, los del régimen de Vichy, intentaron colocar en el lado victorioso. «El precio de “encontrarse en el lado victorioso” fue bastante alto—dice el doctor Petrov—. Para septiembre de 1944, la suma total de los costos de ocupación pagados por los Gobiernos europeos sumó un total de 84.000 millones de marcos. Francia pagó 35.250 millones; Holanda, 8.750 millones; Bélgica, 5.700 millones; Dinamarca, 2.000 millones, e Italia, 10.000 millones... El resto fue pagado por los Gobiernos de Noruega, Grecia, Croacia y Serbia y por los protectorados y “Reichskommissariats” en el Este.

Con todo, las levas de ocupación (y las confiscaciones abiertas) no podían dar satisfacción a todas las necesidades alemanas: El ritmo anual de pagos de los países “ocupados” era el equivalente de unos 16.000 millones de marcos en comparación con los gastos de guerra alemanes, de unos 120.000 millones de marcos.» Pero como la diferencia era superior a todo lo que podía dar de sí la movilización de recursos internos, «se cubrió en parte con propiedades confiscadas de extranjeros y judíos, y a medida que las conquistas alemanas progresaban, a los ciudadanos particulares de todos los países ocupados se les ordenó la entrega (directamente a los conquistadores o a los bancos centrales locales) de las propiedades susceptibles de ser convertidas en dinero...»

Ya desde el principio, dice el autor de este importante libro, «las necesidades militares alemanas y de las agencias del Gobierno militar fuera de Alemania fueron atendidas por bancos especiales, los “Reichskreditkassen”, que emitieron

RECENSIONES

dinero militar; el "Reichskreditkassenscheine", denominado en marcos del Reich. Este dinero... fue puesto en circulación por vez primera en Polonia, en 1939. En 1940 apareció en Dinamarca, Noruega, Holanda, Bélgica y Francia; en 1941, en los Balcanes y Rusia. Durante algún tiempo, el "Reichskreditkassenscheine" fue dinero de circulación legal en toda la Europa ocupada. En su punto culminante, en noviembre de 1943, su circulación llegó a 3.350 millones de marcos».

Todo hacía pensar en que se estaban creando unas condiciones parecidas a las que se dieron en Alemania en la primera parte de los años 20, cuando el papel moneda lo había desbordado todo y el Reichsbank «se vio finalmente reducido a presentar disculpas por su incapacidad de producción semanal de algo más que unos miles de millones, incluso billones de marcos..., hasta dar expresión a la esperanza de que la situación se pudiese remediar rápidamente con la mejora del sistema de impresión... Hacia el final de la inflación, la producción diaria de dinero pasaba de los 400.000 billones de marcos». En 1913, el marco estaba sólidamente asentado en el oro; en 1923, su valor, según palabras del mismo escritor (Frank D. Graham) era «algo más ridículo que el cero».

Por los Estados Unidos no tardó en hablarse de la necesidad o la conveniencia de recurrir al dinero militar. El Departamento de Hacienda planteó la cuestión en julio de 1942, pero sin que se tomase una decisión a causa de la oposición de los Departamentos de Guerra y Estado, por lo que se siguió pagando a la tropa con dólares. Pero no de los que circulaban libremente por el país, sino «el equivalente de los dólares estampillados de Hawaii utilizados en el Pacífico. Conocidos como billetes "spearhead" (punta de lanza), llevaban un sello amarillo especial y fueron usados por las tropas norteamericanas en Africa, y posteriormente en Sicilia».

No tardó mucho, sin embargo, en surgir la cuestión del dinero a utilizar en el norte de Africa, una cuestión que no se resolvió fácilmente, advierte el doctor Petrov. Y que no dejó de ser un motivo de fricción ni siquiera después de haberse dado satisfacción a las partes interesadas, y muy en particular al general De Gaulle, para quien la puesta de dinero en circulación era un atributo básico de la soberanía nacional. Se produjo un primer choque sobre el valor de cambio en relación con el dólar del franco emitido no por las autoridades militares aliadas, sino impreso por una empresa privada para ser confiado a los bancos norteafricanos, para ser así puesto en circulación.

Se llegó al fin al acuerdo del tipo de cambio de 50 francos por dólar y 200 por libra, lo que parecía estar por encima del valor real del franco en aquellos momentos. Cuando esto fue puesto en conocimiento del presidente Roosevelt, decidió que el cambio fuese de 75 francos por dólar, «pues no tenía intención de reforzar las economías de los países "liberados", y menos todavía la economía de Francia».

La cuestión del dinero puesto en circulación por las autoridades militares aliadas estaba todavía sin resolver satisfactoriamente cuando se produjo el desembarco en Francia, y se decidió poner a disposición de las tropas de desembarco francos de «suplemento» sin ninguna proclamación oficial. De Gaulle, que estaba en Londres, comunicó lo sucedido al Gobierno provisional, entonces en Argel, y calificó los billetes impresos en los Estados Unidos como «dinero falso». Se produjo una reacción inmediata de ese Gobierno provisional, que envió una protesta formal a los aliados, en la que se decía:

«Ha sorprendido al Gobierno (provisional) que esta iniciativa fuese tomada por el mando aliado, puesto que es una iniciativa que ningún ejército amigo ha adoptado jamás en el pasado... A través de la totalidad de los territorios franceses de ultramar las autoridades militares siempre han recibido al instante y sin límite los fondos que han solicitado, y el sistema debería y podría ser establecido en los territorios de la Francia metropolitana en una ocasión en que ésta se halla a punto de alcanzar la plena soberanía... El Gobierno provisional

no puede conceder valor legal alguno al papel estampillado ("vignettes") que ha sido puesto en circulación sin su consentimiento, puesto que tradicionalmente el derecho de emitir moneda ha pertenecido a la autoridad de Francia únicamente. Por tanto, el Gobierno tiene reservas que hacer sobre las consecuencias morales, financieras y políticas que pueden resultar de esta acción.»

Todo parecían ser complicaciones a medida que el avance victorioso de las tropas aliadas pasaba del norte de Africa a Italia y, finalmente, a la Francia metropolitana. Había dificultades de todas clases, algunas de ellas entre los mismos aliados que habían colaborado de una manera más íntima y activa a lo largo de la guerra. «Una gran dificultad con que el Gobierno Militar Aliado tropezó en Italia se derivó de la incapacidad de los Estados Unidos y la Gran Bretaña para llegar a una decisión concreta sobre la cuestión del dominio directo o indirecto. En discusiones específicas de la política de ocupación para Italia, los Estados Unidos favorecían el Gobierno militar directo. La intención de Roosevelt era "eliminar a todos los italianos de posiciones (importantes), por ser todos fascistas destacados, y sustituirlos con oficiales norteamericanos..., evitando así el fomentar facciones en el terreno local y repercusiones en los Estados Unidos.»

Desde el punto de vista del dinero, la situación en Italia acabó siendo ruinosas, en particular por el sur, donde el índice del costo de la vida llegó a 4.000 en abril de 1944 (100 en 1938), en comparación con sólo 850 en el norte. «Las prensas del Banco de Italia produjeron grandes cantidades de papel moneda. Entre agosto de 1943 y abril de 1945, la emisión de billetes subió en 159.000 millones de liras, el doble de la cantidad en circulación en el momento de la invasión aliada.

Un aspecto fantásticamente atractivo—y sobre el que es muy poco lo que ha llegado a conocimiento de ese gran público que siente el deseo o la curiosidad de estar un poco al tanto de la marcha de los acontecimientos internacionales—fue lo que se ha dado en llamar el caso de los clisés o planchas duplicados, de los cuales un juego fue entregado completo a la Unión Soviética y acabó siendo factor decisivo en la producción de una verdadera riada de marcos papel. Dice el doctor Petrov:

«La transferencia de los Estados Unidos a la Unión Soviética de un juego duplicado completo de clisés para la impresión de papel moneda militar aliado ha tenido repercusiones económicas para la Alemania ocupada y la Tesorería de los Estados Unidos de una significación sumamente importante. Ha sido también un acto único en la historia de la fabricación de moneda: nunca con anterioridad había gobierno alguno cedido voluntariamente el control soberano de la emisión de dinero. Este acto sólo se puede comprender en el caso de familiarizarnos con los razonamientos y métodos de operación de algunas de las personalidades que jugaron papeles decisivos en el desarrollo de los programas financieros de la ocupación. En la exploración de este episodio nos será posible también contemplar más de cerca las complejidades del proceso de preparación de la política relativa a la cooperación entre los aliados de los días de la guerra.»

Hubo largas, dilatadas conversaciones, viajes, entrevistas, intercambio de notas y muchas cosas más sobre una cuestión que, tal y como aparece resumida en este libro, *Dinero y conquista*, adquiere un singular relieve histórico. En ella acabó, sin duda, teniendo una influencia decisiva la actitud de Molotov, resumida de esta manera en una declaración que figura en una comunicación de Averell Harriman a Cordell Hull del 8 de abril de 1944. Dice:

«Parece que la empresa privada dedicada a la impresión de marcos M. (militares) interpone reparos a que las planchas, muestras, colores y series de números sean puestas a disposición del Comisariado del Pueblo para Finanzas, y que en la opinión del Departamento de la Tesorería de los Estados Unidos no existe la posibilidad de vencer estos obstáculos. El Gobierno soviético no puede

RECENSIONES

considerar sólidos los reparos sobre este punto... Sería de apreciar el que usted (Harriman) me comunicase si se había llegado a una decisión favorable... En el caso de que la respuesta sea negativa, he de señalar que el Gobierno soviético se verá obligado a proceder de manera independiente a la preparación de marcos militares para Alemania de su propio diseño.»

Los Estados Unidos no querían, de ninguna manera, poner en manos de la U. R. S. S. los medios capaces de hacer emisiones de dinero de imposible control. Habían ofrecido poner a disposición de la U. R. S. S. todos los billetes que solicitasen. Pero el Gobierno de Moscú insistió en obtener, y obtuvo, un juego completo de planchas para imprimir billetes y ponerlos en circulación en cantidades que no ha sido posible establecer en forma rigurosamente documentada. Es uno de los aspectos apasionantes de un tema de incalculable significación y enorme interés, sin duda.

JACINTO MERCADAL.

PETER COULMAS (Ed.): *Modern World 1965-66*. Düsseldorf-Vienna, 1967. Econ-Verlag, 164 páginas.

El presente volumen del anuario *Mundo moderno*, referente a relaciones internacionales y a ciencia política, ofrece tres temas que interesan a esta Revista, y que amplían la problemática existente en el plano internacional por tratarse de un aspecto de coexistencia e internacionalismo socialista (=proletariado), según la Constitución yugoslava y la doctrina de Derecho Internacional de Belgrado, por un lado, y del caso de Finlandia como país coexistencialista entre Este y Oeste, por otro. En total intervienen tres autores: Dietrich Frenzke, Wolfgang Hoepker y Wilhelm Evers. Otros problemas son de carácter casi exclusivamente politológico y, por tanto, no nos vamos a referir a los mismos, aunque sí al menos señalarlos: Estado, Partido y Literatura en la Unión Soviética (Jürgen Rühle); la política cultural soviética desde el XX Congreso del P. C. U. S. (Ronald Hingley); la nueva generación soviética de escritores (David Burg); la influencia de la moderna literatura occidental en la U. R. S. S. (Hermann Poerzgen); los escritores polacos y el Estado (Armin Dross); Ernst Bloch y revisionismo del S. E. D. (Kurt Lenk); escritores, artistas y científicos chinos en la replanteada lucha de clases (Eduard J. Solich), y desestalinización y Derecho soviético (Klaus Westen). No obstante, pueden interesar, en alguna relación, también a internacionalistas.

1. Dietrich Frenzke: Entre otras constituciones socialistas de fecha reciente, también la yugoslava se refiere, en el preámbulo, a la política exterior del régimen titoísta. Es decir, de antemano se establecen ciertas normas jurídico-internacionales de carácter, más o menos, obligatorio. Son unas directrices que revelan el oportunismo yugoslavo respecto a las tensiones dentro del bloque soviético y la posición de diferentes Estados comunistas frente al conflicto chino-soviético.

En todo caso, coexistencia es considerada como concepto de Derecho Internacional. El capítulo VII del preámbulo dice que «en la convicción de que la coexistencia pacífica y la cooperación activa entre Estados y pueblos con diferente orden social constituyen condiciones indispensables para la paz y el progreso social en el mundo, Yugoslavia basa sus relaciones internacionales en los siguientes principios: respeto a la soberanía nacional e igualdad, no intervención en los asuntos internos de otros países, solución de conflictos internacionales por medios pacíficos y en virtud del internacionalismo socialista».

El concepto de la coexistencia en Yugoslavia es de corta tradición. Nació en 1955, y su principal autor y promotor es un experto en D. I., Bartos, debido a la aparición de este fenómeno, existiendo considerables diferencias entre los internacionalistas yugoslavos. Sin embargo, prevalecen los protagonistas del coexistencialismo, aunque las respectivas argumentaciones son bien distintas de un autor a otro. Según Bartos, la coexistencia... garantizaría a todos los Estados—y a todas las naciones—el derecho de existencia... Por consiguiente, no se trataría de un fenómeno que permitiera «coexistir» dos o varios bloques con diferentes sistemas sociales uno al lado de otro (versión soviética), sino de dos, varios y—prácticamente—todos los Estados, todos los pueblos, todas las naciones... La simplificación soviética queda paralizada por la actitud yugoslava. Entiéndase, Yugoslavia es también un Estado multinacional. Aunque los internacionalistas soviéticos, especialmente Tunkin, no descartan, de antemano, la posibilidad de una coexistencia (incluso) entre «Estados» (y no «bloques» = capitalista, socialista y no comprometido), sobre todo en el terreno de una «cooperación activa». Esta es la diferencia: mientras que la U. R. S. S. considera a la coexistencia pacífica como un factor de la política exterior del Kremlin, y la secundan incondicionalmente sus países satélites, los yugoslavos se basan en una «cooperación entre Estados no comprometidos ni capitalística ni socialísticamente». Un hecho queda comprobado: tanto los soviets como los yugoslavos juegan sus respectivas cartas dialécticas... en la coexistencia *activa*, así como en la cooperación *activa* entre bloques ideológicos o Estados «soberanos».

En el actual D. I. yugoslavo, no solamente Estados, sino también pueblos y naciones son los sujetos de la coexistencia. Siguiendo el criterio señalado, todos los pueblos tienen el derecho de autodeterminación, incluyendo a los de la Unión Soviética, de Yugoslavia o de Checoslovaquia. Formalmente, la Constitución soviética reconoce el mismo derecho; sin embargo, ningún pueblo pudo hacer uso de él. En cambio, muchos otros han sido incorporados a la U. R. S. S. precisamente durante la época en que dicha Constitución estaba ya en vigor desde hacía muchos años. En la teoría resultan ser las cosas bastante distintas que en el terreno práctico. En definitiva, serían cuatro los principios en que se basa la política exterior yugoslava: 1. Respeto a la soberanía e igualdad nacional. 2. No intervención en los asuntos internos de otros Estados. 3. Solución de los conflictos internacionales por medios pacíficos. 4. Internacionalismo socialista. Estamos dentro de un círculo vicioso que, en realidad, apenas permite alguna conclusión concreta. No conviene, además, en el mundo socialista.

2. Wolfgang Hoepker: Finlandia—¿ejemplo de coexistencialismo?—. Hasta cierto punto. Se encuentra en la vecindad inmediata con la Unión Soviética, sin renunciar a su razón de ser occidental desde el punto de vista histórico, geográfico y económico-político (Wilhelm Evers). Su situación internacional ha de ser, inevitablemente, particular, pero no puede ser generalizada.

En la política exterior soviética, Finlandia representa un caso especial. El Gobierno de Helsinki tiene bien presente este hecho, y sus acciones diplomáticas despiertan hasta admiración, aunque hay que reconocer que la coexistencia pacífica, como parte integrante de la política exterior del Kremlin, sobre todo debido a la conducta de Jruschov, facilitara, en cierta medida, a los finlandeses algunos instrumentos de independización, en lugar de satelización del país respecto a la U. R. S. S. A pesar de los intentos soviéticos de someter al Gobierno de Helsinki a un determinado control, éste consiguió canalizar los acontecimientos a su favor en el sentido de gozar de una neutralidad política-exterior.

El Presidente, Kekkonen, visita regularmente la Unión Soviética desde 1958; una vez oficial, otra vez privadamente, para celebrar conversaciones con los líderes soviéticos caracterizadas como consultivas. No obstante, también sus visitas a los países occidentales son frecuentes—Suecia, Dinamarca, Islandia, No-

ruega, Gran Bretaña, Austria, Canadá o incluso Estados Unidos—. La forma occidental de gobierno permite a los 4,5 millones de finlandeses desarrollar su vida interna con relativa seguridad; mientras tanto, el conflicto chino-soviético, así como las tendencias centrífugas en general dentro del bloque socialista, garantiza al país condiciones político-exteriores parecidas al caso de neutralidad austriaca.

La figura clave de la política finlandesa de neutralidad es Kekkonen. El *slogan* de mantener buenas relaciones con la potencia oriental se convertiría, bajo Kekkonen, en «amistad con Rusia». Los actuales dueños del Kremlin parecen respetar la vía trazada en este sentido por Jruschov.

S. GLEJDURA.

ROBERTO MESA: *El colonialismo en la crisis del siglo XIX español*. Madrid, Editorial Ciencia Nueva. Colección «Los Complementarios», de ensayistas españoles contemporáneos. 1967. Un volumen de 292 páginas, 90 pesetas.

El encuentro casual con esta obra en el escaparate de una céntrica librería madrileña—porque ninguna noticia bibliográfica lo precedió—nos produjo un explicable alborozo. Creímos tropezarnos con un español joven, que doblado el siglo XX y muy avanzado ese fenómeno de fachada impresionante y contenido complejo que se llama descolonización, se había lanzado a reparar la sorprendente y escandalosa vuelta de espaldas, de las plumas españolas, por los problemas coloniales. Respecto de los falsamente resueltos en 1898—para los imperialistas interesados, no para los transferidos ni para nuestro desahuciado país—por quienes estaban obligados a ofrecernos, al menos, una explicación de lo que pasó sin gran pena y con escasa gloria, como si fuera intrascendente el cierre violento del gran libro de la España andante en Ultramar. Porque después de 1898, la pobreza, ya que no la escasez, de producción bibliográfica sobre temas coloniales o ultramarinos está a tono con la pequeñez material de la presencia española en Ultramar, donde—arenas desérticas aparte—poseía vestigios de *souvenir postal*, y aquello que Romanones llamó «muy grande para finca privada y muy chico para colonia estatal». Por tanto, buscamos en el libro de Mesa el eslabón inexistente e indispensable entre los pre y los post «noventa y ochistas», pensando que se nos iba a deparar un estudio serio y objetivo, y, por supuesto, a tono con el contenido ofrecido por el título de la obra. Las desilusiones se produjeron en seguida. Y fueron dos y diferentes. La primera, de sorpresa abocada a la protesta, por encontrar sólo vestigios de lo ofrecido por el rótulo. La segunda, de rotunda disconformidad, teñida de amargura impersonal, por encontrar un eco suelto de la literatura lascasiana, apto para ser empleado por los cultivadores extranjeros—y extranacionales—de esa leyenda negra, que no es un sector cerrado de la historia política internacional, sino un arma más de la plurisecular hostilidad contra España, nunca extinguida; porque España sigue en pie, y los motivos de odio u oposición hacia ella, de sus *veterrimi hostes*, se modernizan—a tono con las filosofías de moda—, pero subsisten tras de formaciones de proporción o detalle. No siendo un exiliado o un resentido, coincidir con de Las Casas (con gotas de Llorente) y no con Jorge Juan, o Saco, o Labra—y ni siquiera con Martí y Rizal—, resulta inexplicable. Se nos antoja, como impresión personal por haber conocido al autor del libro, joven valioso y laborioso, que en su lógica carrera ascensional, propia de todo *struggle for life*, ha debido tener algún contratiempo con las encarnaciones concretas de los valoradores burocráticos oficiales, y que la Santa Rebeldía de que habla la literatura

del 98 se ha trocado en él en sensación de injusta frustración, enriqueciendo exageradamente su sentido crítico; que por una discutible asociación de períodos, grupos y figuras, le lleva a ver en el siglo XIX español un anticipo directísimo del sistema que de algún modo le hizo objeto de esa hipotética pretensión o descalificación. Y de ahí el gran peligro del librito: porque del examen de personajes, grupos y tendencia pasa insensiblemente a proyectar la lupa de un ácido malhumor sobre el conjunto nacional; y así *elumbra, ad usum foranei*, el espectro de una España decimonónica, torpe, explotadora, esclavista, incapaz e incorregible. El autor quizá piensa—es otra hipótesis lógicamente enunciable al ver los repetidos enlaces de la obra entre ese monstruo «colonialista» y la España del siglo XX—que con ello flagela, dentro de lo que cree justo y humano, a la España en que vive todavía modesta supervivencia rezagada como potencia «colonialista».

Nosotros pensamos que el autor puede llegar a tener alguna vez un éxito que él mismo no ha calibrado, y que no desearía, cuando se vea citado, como postrero lascasista en algunos de esos libros antiespañoles, donde lo mismo caben el abate Raynal que el almirante Mahan, o el chorreante Alvarez del Vayo. Y no se nos diga que el resbalón era inevitable. Pocas plumas han fustigado, de buena fe, a la España oficial contemporánea como la de Madariaga; y pocas plumas han cantado seriamente la gloria y los resultados consolidados de su gesta ultramarina como la del mismo Madariaga. Un autor muy citado en el libro, don Rafael María de Labra, batalló incansablemente contra los errores y los vicios en Ultramar de la España del siglo XIX, que vivió—y no pasivamente—a la vez que defendía y exaltaba los aspectos básicos y positivos de la propagación de su sangre y de su cultura en Ultramar por España; la anterior a él, la que vivió, y hasta casi premonitoriamente, la que no pudo conocer. No, Mesa no tiene fácil excusa; y esa dificultad en encontrar la explicación benevolente que anhelamos, se acentúa porque su postura no es fruto del desconocimiento, sino de una tendencia mal dirigida. Así, el capítulo I, «La inadecuación del sistema colonial español»—uno de cuyos apartados se titula nada menos que «Intentos reformadores»—, encierra el más sorprendente escamoteo de la materia de que se pueda hacer víctima al lector poco informado, con evidente deformación de la imagen que la lectura le forje. Porque se alude, sin excesiva precisión—aunque los adjetivos suplen a los datos—, a los rasgos del sistema colonial, y se tocan fragmentarios episodios de los intentos de reforma: pero nada más. La verdad del proceso colonial, en su larga evolución y en sus intentos de reforma—algunos radicales—, se omite; contrastando con la lista de proyectos del apéndice tercero, que, por cierto, también es muy incompleto y se corta bruscamente por uno oficial de 1873, y otro privado, ya bajo la restauración. El autor, si no ha manejado los diccionarios o recopilaciones clásicos de Zamora, Rodríguez Sampedro y Fernández Martín—más los particulares, como el de Eleizalde para Filipinas—, sí que ha manejado las obras de Labra, la de Blanco Herrero, y sospechamos que otras, misteriosamente silenciadas. No es exacto el cuadro que sobre la materia presenta Mesa: son fragmentos de la verdad, inhábiles por sí para proporcionar una visión válida del problema. Desde la «Junta» de 1865-66 hasta los reales decretos de Moret de 1897, que dieron una amplia autonomía a Cuba y Puerto Rico, la España metropolitana avanzó en su política a remolque de las realizaciones demográfico-sociales (mucho más que de las presiones exteriores, tan subrayadas por el libro), y venciendo las poderosas resistencias de los privilegiados, que, por cierto, no eran sólo «militares» y «capitalistas» españoles—la propiedad esclavista era más bien insular—, ni eran un caso excepcional en el parangón, triste pero inevitable, con otras metrópolis extranjeras de la época. Nuestra burocracia, incluida la «pretoriana» que tanto remacha Mesa, y nuestros empresarios pudieron ofrecer aspectos ibéricos de la incapacidad y de la rapacidad; pero a la postre, eran

menos peligrosos para el criollo y el mulato que sus congéneres; por ejemplo, los ingleses en la India, o los franceses en Argelia, con la destrucción de estructuras sociales completas, escándalo para muy pocos, entre los que no figura Mesa. Y no digamos nada de los neocolonialistas: nuestro agresor de 1898—y de otras fechas—, el exterminador de indios y *latins*; y los rusos *nettoyeurs* en Siberia, Caucasia y Turquestán. Claro que Mesa—iluminado visiblemente por arranques de regusto marxista, con o sin barbas en sus fuentes—dirá que esos colonialismos, paralelos al que fustiga en su obra, eran los del «capitalismo» decimonónico o del capitalismo a secas. Pero las continuidades nacionales—que él destaca sólo respecto de la España del siglo XX en Africa, con alcance negativo—han sido sorprendentes. Que les pregunte a los tártaros de Crimea y a los germanos del Volga—para no recordar a los calmucos, los chechenos y los kabardinos, fulminados por el padrecito Stalin—si la colonización marxista era más blanda que las otras que no conocieron. Y que alguien que haya leído a Sotsnachenko se pregunte si los colonos penitenciarios del Vorkuta viven mejor que aquellos lejanos esclavos antillanos, tan morbosamente exhibidos por el libro. Y acudiendo a parangones directos en el espacio, Mesa (que deja escapar alguna cita de autor cubano posterior a 1960) que se documente sobre si los actuales «colonos involuntarios» de la isla de Pinos viven mejor, igual o peor que los pobres esclavos libertos de la Cuba a trazos abordada en su obra. No, no defendemos ni al régimen colonial español del siglo XIX—en bloque—ni, menos, a la pereza en acabar con aquella gran lacra de la esclavitud, que bajo diferentes formas sigue padeciendo nuestra Humanidad contemporánea. Simplemente, decimos que España no era una excepción monstruosa en las realidades ultramarinas del siglo XIX; y que lo que el libro presenta de su faz ultramarina—rebautizada al gusto actual como «colonialista»—no era todo, ni lo más importante o característico de aquella España. Porque presentar los retazos, bastante incompletos como el traje completo, es una grave inexactitud. Y eso es lo que hace el libro, que del capítulo II, ya enunciado, salta en tres capítulos al problema de la esclavitud («El esclavo negro», capítulo III; «La abolición y sus violaciones», capítulo IV; «Los sucedáneos de la esclavitud», capítulo V), citando con desconcertante desorden iniciativas, tentativas, RR. OO., convenios, cálculos demográficos y opiniones críticas. Mezclando, un poco o mucho, al negro, al amarillo, al turco y hasta al blanco, los «gallegos» contratados para Cuba después de 1854. Mesa picotea en la materia, estampa algunos hechos, incrusta reflexiones políticas—viciadas de una incontenible «actualización» que salta sobre la realidad de las diferencias cronológicas—, y con ello se queda contento. Y todo eso al servicio de media docena de ideas, de las que son complementos los apéndices de la obra: omnipotencia e incompetencia de los privilegiados y ladrones, «pretorianos» o civiles (políticos, burócratas, propietarios, comerciantes, financieros). Incorregibilidad causal y de propósito. Fricción con las potentes corrientes exteriores (el libro insiste mucho sobre el abolicionismo británico y omite el eco de la pugna de intereses entre el Norte y el Sur yanqui). Ineficacia de las palancas económicas españolas, que con más mesura cabría calificar de limitación y modestia de recursos. Fatalidad y, en cierto modo, justeza de la catástrofe final. Lo que es una inexactitud con pocos retazos de verdad. Porque, precisamente cuando España iniciaba el buen camino, el Tío Sam se echó encima—con la complicidad inglesa y la cobardía colectiva—sobre la presa segura, desdeñando la aceptación de su *ultimátum*, para poder obtener la mayor cantidad posible de botín. Como lo consiguió, erradicando más la cultura hispánica que las lacras colonialistas, sustituidas por más eficaces métodos de explotación. Y aún añade el libro algún curioso párrafo sobre la persistencia de los factores negativos de ese colonialismo, en la España expulsada de América y modestamente presente en Africa, fustigando también a sus «pretorianos», ¡y luego dicen en el extranjero que en España sólo se escribe a gusto del po-

RECENSIONES

der! Sin dejar de insistir sobre nuestra incapacidad colonizadora. Con lo que impensadamente el autor descubre el *quid* de la obra, que resulta ser extraño a su título y aun a lo principal de su contenido: un libro de «rebeldía» (?) u oposición, por supuesto sin martirologio.

Con la autoridad que me dan, no los cuarenta años de estudios sobre la materia, sino mi clara posición enfrentándome con los «intocables» de la burocracia retardataria, e incurriendo en conocidas consecuencias eliminativas, diré que aquella incapacidad es falsa. España puede haber tenido en el siglo xx pésimos directores generales, altos comisarios o gobernadores generales. Pero su obra en Marruecos—malamente tapada por la ola francófona del sur—, en Guinea y hasta en el Sahara, admite parangones, resiste críticas simplistas y va a dejar resultados meritorios. No, el libro que presentamos pudo ser una gran y una utilísima obra, y es lo contrario. Lo sentimos.

JOSÉ MARÍA CORDERO TORRES.

JEAN PAUL SARTRE, CLAUDE LANZMANN, MAXIME RODINSON, ETC: *Le conflict israélo-arabe*. Les Temps Modernes, París, 6.º, 1967, 996 páginas.

Con una forma de publicación teóricamente vinculada a la de la revista mensual *Les Temps Modernes*, pero con el contenido y la densidad de los textos y la aportación documental viviente de una obra que casi agota los problemas tratados, el volumen dedicado por la publicación parisiense al conflicto israeli-árabe es un verdadero libro esencial. Está presentado por Sartre, a quien se debe la iniciativa de la publicación y sus propósitos generales. Lleva luego una exposición explicativa del contenido, que es una amplia encuesta coordinada y acoplada por Claude Lanzmann. Sigue un artículo separado de Maxime Rodinson, no como judío de origen, pero francés de sentimientos, sino más aún en su calidad erudita de sociólogo y orientalista. A continuación, el cuerpo de la encuesta lo componen diecisiete artículos de autores representativos que proceden de países árabes, y veintiséis artículos procedentes de Israel. Pero en los de Israel se incluyen cuatro árabes con ciudadanía israelí, y en los judíos se agrega algún autor suelto, como el francés Robert Misrahi. Así, de hecho, hay veintiún capítulos de autores árabes y veintiuno de autores judíos, en igualdad simbólica de programa, aunque los textos judíos son generalmente más largos y más detallados.

El propósito de la recopilación hecha por *Les Temps Modernes*, con el mayor empeño de objetividad, lo resume Sartre escribiendo: «... Quelle que soit la conjuncture... nous souhaitons que nos lecteurs prennent le temps de méditer sur ces articles, et faire taire leurs sympathies et leurs repugnances, qu'ils cherchent patiemment, dans sa complexité et ses contradictions, la vérité.»

Todo responde en el ánimo del filósofo parisiense y sus amigos a lo que ellos dicen constituir «una ambición nueva» de ser puros receptáculos de las opiniones divergentes recogidas. Pero la objetividad no significa indiferencia ni desvío, ni, mucho menos, un resabio de una falsa superioridad producida por el distanciamiento. Su lema «Pas de coexistence inerte ou de contiguité passive», proclama que no se trata de ver los problemas judeo-árabes desde el punto de vista de las actualidades sólo circunstanciales; sino llegar al fondo de las causas espirituales y de las ideologías que las impulsan.

De aquí viene el carácter de «corpus», de consulta indispensable para aquellos estudiosos de formaciones universitarias que en Francia y en otros países de Europa occidental buscan las verdades que se deducen de lo hecho, y no las que

RECENSIONES

se buscan según las propias preferencias. Incluso los directivos de *Les Temps Modernes* se han mostrado propicios a recoger la aportación de dichas verdades investigadas, cuando han dicho que con su *dossier* abierto sobre el problema mayor del Oriente Medio, «ellos han tratado de instruirse a la vez que instruyen».

Ha de tenerse muy en cuenta que aunque la recopilación hecha por *Les Temps Modernes* interese en primer término a los árabes y los judíos, la mayoría de sus lectores serán gentes de países europeos occidentales, los cuales deben tener acceso a las *sources vives*, es decir, ponerse en contacto con las violencias rigurosas y apasionadas que han creado el conflicto de Palestina, y que, a su vez, han sido creadas y recreadas por el conflicto mismo. Los árabes, como los judíos, proporcionan dos series de informaciones, interpretaciones y argumentos que tienen la ventaja de que los lectores no se aferren a sus previas convicciones o simpatías, sino que por lo menos tengan la inquietud intelectual de saber que existen otros puntos de vista. Todo ello viene a parar al empeño de considerar que lo fundamental no son las polémicas tanto como las investigaciones.

El extenso trabajo inicial de Maxime Rodinson enfoca el tono general de minuciosidad y serenidad, haciendo una vasta exposición histórica sobre las posibilidades de que la creación, la organización y el funcionamiento del Estado de Israel pueden o no considerarse como consecuencias de un proceso de carácter colonial. Rodinson, director en la Sorbona de la Escuela Práctica de Altos Estudios, y judío de religión, se opone al sionismo, porque reprocha a los dirigentes de Israel haber llegado al Cercano Oriente actuando como unos colonizadores ajenos a dicho Oriente e impuestos por los hechos consumados. Rodinson observa que para que los árabes hubiesen aceptado el sionismo habría sido indispensable que hubiesen encontrado en él algunas ventajas. Dice: «Obtener de un vencido que se resigna a su derrota no es fácil; y no se facilita esta gestión jactándose de haberle vapuleado.» Es, generalmente, más juicioso ofrecerle compensaciones, aunque en el caso de los israelíes, Rodinson recuerda que la creación forzada de Israel ha sido una afrenta para todos los árabes, como pueblo y como un mundo en trance de liberación.

Después de Rodinson, y de sus enfoques estudiosos, los más interesantes testimonios son los de varios autores judíos que residiendo en Israel, y tomando parte activa en su vida política, se empeñan, sin embargo, en buscar fórmulas de convivencia y justicia con sus vecinos árabes de la vieja Palestina y los pueblos árabes en conjunto. Uno de los principales de esos autores es Uri Avnery. Antiguo miembro de la extremista «Irgún», Uri Avnery fundó en 1950 la revista en lengua hebrea *Haolam Haze*, donde defiende la tesis de que Israel debe sostener los movimientos nacionales árabes del Oriente, para integrarse así al conjunto de los países de la región. Avnery es, además, diputado en el Parlamento israelí como jefe del grupo político titulado «Acción Semítica», cuyo programa es que el Cercano Oriente sea regido sólo por las razas y los pueblos de origen local, no por las presiones, los intereses y las ambiciones de las grandes potencias mundiales.

El sector más extenso y a la vez más activo de los autores sionistas inclinados a la comprensión de las realidades arábicas es el de los pertenecientes al partido político M. A. P. A. M.; es decir, el que representa la oposición activa contra los gobernantes del M. A. P. A. I., de Levi Eshkol, y el R. A. F. I., de Ben Gurión con Moshe Dayan. Entre los portavoces del M. A. P. A. M. destacan Simha Flapan, Eliezer Beri y Meir Yari. Comenzando por Simha Flapan, actual representante de su partido en Europa occidental, encargado de un departamento de Asuntos Árabes en el M. A. P. A. M., y director de la revista mensual *Nuevas Perspectivas*, Simha Flapan (que representa un laborismo judío moderado) dice que «el diálogo entre socialistas árabes y socialistas israelíes

es una necesidad histórica». Afirma que el paso del tiempo no trabaja en favor de los árabes ni de los israelíes, sino sólo en favor de la destrucción. Pide que eso sea impedido por medio de una serie de esfuerzos y presiones simultáneas de los pueblos sobre los Gobiernos; sobre todo teniendo en cuenta que si en sus comienzos Israel trató de articularse sobre una base obrera y sindical, la evolución actual de varios países del Oriente árabe sigue la misma tendencia.

Después de Simha Flapan, dice Meir Yari que es necesario una coalición de los nacionalismos árabe y judío del Medio Oriente para neutralizar la región, articularla con el «tercer mundo» y poner fin a la concurrencia que allí desarrollan las grandes potencias. Meir Yari (autor de un famoso «programa para la paz» en cinco puntos escalonados) tiende a que el actual sistema de países y pueblos asociados en Liga Árabe pueda llegar a ser una «Liga Semita». Y Eliezer Beri cree que las luchas de las emancipaciones sociales internas emprendidas por los movimientos laborales dentro de unos y otros países árabes o arabizados, sólo podrán llegar a triunfar adaptando los métodos económicos y sociales iniciados por los izquierdistas israelíes o israelianos.

Junto a las opiniones de los portavoces del M. A. P. A. M. ofrecen un interés especial las de los representantes de la minoría árabe que residía en el Estado de Israel desde el armisticio de 1949, hasta antes de la guerra de junio del corriente 1967. Son dos cristianos, Attallah Mansur e Ibrahim Shabath; un musulmán sunnita, Mohammed Watad, y un druso, Salman Falah. El primero cree que la clave del problema está en que los 300.000 árabes que (antes de junio) vivían dentro de Israel con pasaporte de ciudadanos israelíes y constituían un grupo minoritario, podían servir como un puente humano de buenas relaciones entre Israel y los países arábigos de alrededor; por eso «el Gobierno israelí debe actuar para ganar la confianza de sus ciudadanos árabes, concediéndoles plenos derechos políticos y sociales y haciendo así de ellos los mejores emisarios en el mundo árabe para la tarea de instaurar la paz». Después, Ibrahim Shabath define de modo abstracto la situación de los árabes y los judíos dentro de Palestina, diciendo que los primeros son una minoría que todavía no se ha adaptado a su papel, y de los segundos, que son una mayoría que no ha olvidado que fue una minoría perseguida y quiere hacerlo pagar a otra minoría inocente.

Respecto a los otros dos estudios de minoritarios, el del druso Salman Falah casi sólo se ocupa del funcionamiento de su comunidad. En cambio, en el texto de Mohammed Watad se trata de los derechos que pide la minoría árabe de Israel como compensación a los deberes que tiene que cumplir.

Tanto entre los judíos «comprensivos» y pansemitas como entre los árabes «pacifistas», desempeñan un papel importante las tendencias a pedir algo que está siendo designado como «desmantelamiento colonial». Es una postura apoyada en la convicción de que los conflictos palestineses entre judíos y árabes vienen siendo (entre la Primera y la Segunda Guerra mundiales), azuzados por las grandes potencias en busca de motivos o pretextos para manejar el Medio Oriente en pro de sus ambiciones estratégicas, colonistas, propagandísticas y petrolíferas. Primero fue Gran Bretaña en tiempo del mandato. Luego trataron de serlo Italia y Alemania en tiempos del Eje. Ahora lo son la U. R. S. S. y los Estados Unidos. Por eso en la colección de portavoces reunidos por *Les Temps Modernes* son varios los que creen que Israel debe unirse a los árabes en una política de «no-alineación» y construir un Oriente sólo para los pueblos de antecedentes medio orientales.

En cuanto a los modos de que en la paz pudiese nacer una colaboración general arábigo-hebraica, de uno y otro lado se recuerda en el *corpus* parisienses

RECENSIONES

el antecedente de España. Autores judíos, como Nissim Reyywan, y árabes, como el tunecino Rachad Hamzani, evocan con nostalgia los siglos de los cordobeses Averroes y Maimónides, o de Ibn Arabi en Murcia y Moisés de León en Avila, unidos y triunfantes en un hispanismo generoso y abierto.

RODOLFO GIL BENUMEYA.

